

+ DAVID BERNIGER +

La CONJURA de MOISÉS



 Planeta

La Conjura de Moisés (La décima plaga)

Copyright David Berniger 2006

*'Entonces, al clavar la azada en la tierra,
en un intento último y desesperado,
hicimos un descubrimiento que
superaba nuestros más audaces sueños'*

Howard Carter^[1]

Y dijo Dios: “De Egipto llamé a mi Hijo” [\[2\]](#)

Antiguo Testamento

Monte Sinaí, Egipto, 1365 a.C.

Era un joven pelado con un tocado de pelos a la izquierda, estaba tomado de pies y manos, totalmente amordazado. Sus ojos escurrían lágrimas. Una multitud de personas esperaban fuera del campamento, muchos gritos y caos.

Los guardias defendían el tabernáculo, la gran tienda sagrada, al pie del gran monte, miles de personas observaban. De vez en cuando, salía un hombre con el rostro tapado y volvía entrar, nadie entendía nada, ni reconocían quien era. Algunas personas gritaban, que muera, que lo cuelguen, otros gritaban que era la esperanza de volver a Egipto en paz. Sin embargo adentro, el silencio era tan fuerte que hacía ecos por los rincones de las montañas.

En otras de las tiendas, estaba el sumo sacerdote Pinjas, gritando encolerizado. Tenía los ojos rojos, sus ayudantes y amigos trataban de calmarlo.

En la tienda del tabernáculo, mientras discutían la suerte del prisionero, se comenzó a escuchar un nuevo griterío.

—¿Y ahora que?

—¡Señor!, se aproxima la caballería egipcia.

Pinjas salió corriendo de su tienda y se dirigió al tabernáculo, en el mismo instante en que el prisionero es tomado por el jefe y un ayudante para ser entregado a la caballería

egipcia, el sacerdote toma la lanza de uno de los soldados y en un abrir y cerrar de ojos, se la clava en el pecho.

—¡No! —gritaron todos.

Parte del pueblo gritaba de alegría, la otra mitad se hundió en el pánico y la desesperación, comenzaron a pelear entre sí, los egipcios que allí llegaban fueron recibidos en medio de una guerra civil.

Cuando los egipcios vieron colgado de un madero al que había sido su rey, comenzaron la matanza a diestra y siniestra. Fue el día más largo de sus vidas.

El comandante del ejército egipcio pidió una tregua para retirar el cuerpo de su joven soberano.

A los pies del madero estaba llorando la mujer del joven rey, que aún mantenía las manos maniatadas y la herida mortal que Pinjas le había hecho con la lanza a su corazón.

En el campo se hizo un gran silencio, mientras el comandante Ayeh, junto a la mujer del joven rey, lo bajaban del madero. A su lado estaba llorando el jefe de la tribu.

—¿Por qué hijo mío? — le dijo mientras lo agarraba contra su pecho.

—¿Cómo has podido abandonar a tu hijo en el momento que más te necesitaba? — le reprochó Ayeh

—Llévatelo, tú eres el hombre más rico de Egipto, prepárale el mejor lecho en el valle sagrado de los reyes y quédate a cargo de la administración del imperio, sé que no lo entiendes, pero mi vida se la dedico a mi señor.

—¿A costa de tu familia y tu nación?

—Senté a mi hijo en “mi trono” para que me siguiera, no para que me traicionara, ahora cuida de Egipto, porque volveré a reinar como un rey justo, una vez que termine de preparar a mi gente aquí en el desierto.

—Egipto adoraba a tu hijo, porque veía en él la esperanza de la paz, de la unificación, de la armonía y la tolerancia de los dioses, era la esperanza de la mediación entre tu intolerancia y su idolatría. Egipto a mí no me ama, solamente me respeta y a ti mi señor... te repudian.

—Cuida bien a mi hijo y prepáralo para su regreso al otro mundo.

A la mañana siguiente hicieron el censo de las bajas, eran más de veinticuatro mil víctimas. El pueblo lloraba a sus muertos y permaneció aún más dividido. Pues gran parte del pueblo se había marchado con las tropas egipcias.

Capítulo 1

El Gran Rabí

El Cairo, Egipto, 1955 d. C.

Era una tarde muy calurosa cuando el recién ascendido a detective de homicidios Ibrahim El-Kahal se encontró con Yussuf, un moreno delgado, con ojos negros azabaches y asustados que vendía refrescos en una de las esquinas del viejo Cairo. En esa tarde de verano había ocurrido uno de los asesinatos más enigmáticos que debía resolver, un mendigo judío que no tenía parientes ni nadie que lo reclamara fue hallado muerto.

—No he visto nada señor El-Kahal. De todas maneras qué importa, es sólo un judío, tendría que preguntarle al joven que algunas veces estaba con él.

Todavía no habían publicado la noticia en los diarios y como no había familiares que lo reconocieran, las autoridades trataban de que la muerte pasara inadvertida. En aquellos días el presidente Gamal Nasser estaba amenazando con expulsar a los judíos del país y los problemas con el nuevo estado de Israel eran cada vez mayores. En estos lugares del mundo, cualquier excusa sirve para comenzar una nueva guerra santa.

De todas maneras las autoridades judías se hicieron cargo del entierro y convinieron en que intentarían encontrar al asesino. Un grupo de la colectividad se iba a encargar también de buscar las razones del homicidio.

A El-Kahal le llamó la atención, la calma con la cual recibieron la noticia los integrantes de la congregación, porque el incidente había sido en la puerta de la sinagoga de Abraham Ibn Ezra, la única abierta en el viejo Cairo.

Esa imagen del muerto no se la borraría por años, quedaría estampada a fuego, aquel cuerpo ya oculto debajo de unos periódicos, presentando un corte transversal en el cuello, una alfombra de sangre se extendía desde la cabeza hacia el último escalón del templo. En su mano izquierda, apoyada en el pecho, conservaba una Torah, la cual extrajo el inspector y la colocó dentro de una bolsa donde guardaba las evidencias.

El asesinato había ocurrido en la mañana mientras el judío se dirigía a la sinagoga, como todos los días, para su habitual estudio de la Torah. Su nombre era Abraham Viedak. Su origen polaco.

A la mañana siguiente las bocinas despertaron al barrio poco antes de las primeras oraciones matinales. Mientras el sol del milenario Egipto se debatía por salir de entre las pirámides, el inspector El-Kahal caminaba por el cementerio

judío. Tenía la esperanza de encontrar al joven que acompañaba al mendigo para buscar alguna luz sobre el caso, aunque parecía ser una muerte más de las tantas que ocurren diariamente en Egipto.

Allí estaban los diez hombres de negro que formaban parte del Minyán, viejos barbudos con túnicas negras que se acomodaron alrededor de una lapida apoyada en el suelo. De entre ellos se podía reconocer al rabino y jefe de la colectividad, el mismo que a ojos del inspector se había mostrado curiosamente despreocupado.

El-Kahal se acercó con cautela. Entre todas esas barbas había un joven que lloraba desconsoladamente mientras los otros, rezando en hebreo, balanceaban sus cuerpos hacia adelante y hacia atrás. Una vez que terminaron de rezar, arrojaron una palada de piedras. Algo le sorprendió al inspector, uno a uno, menos el joven, escupieron la lápida del difunto.

Con sus ojos azules cubiertos de lágrimas, se presentó el joven Mordejai Litchman, flaco, mediano de altura, atrevidamente barbudo y rubio. Su inglés no era de origen, su mirada era evasiva. El Inspector lo tomó del brazo, evitándole el intento de esquivarlo. Mostrándole su carné le dijo:

—Ibrahim El-Kahal, inspector de la policía.

Aquella congregación no dejaba de fijar en él su mirada y parecía seguir con detenimiento cada palabra y cada gesto. Por momentos parecía que se irían encima. Así que El-Kahal le pidió que lo acompañara a la jefatura para estar más cómodos.

En uno de esos cuartos improvisados que usaban para los interrogatorios, el joven seguía llorando. El inspector le

ofreció cortésmente café y bebida fría para mitigar el calor insoportable.

Era un gran rabí, se adelantó el joven. El-Kahal dio un sorbo a su té de menta, tomó su cuaderno y anotó "Rabí", mientras pensaba que clase de rabí era aquel que vivía como un mendigo entre tanta miseria. En el renglón siguiente registró meticulosamente el interrogatorio, para archivarlo después como era su costumbre.

¿Por qué creía que lo habían matado? ¿Tenía el viejo alguna enemidad, cuenta pendiente, deuda, relación con la droga? ¿Por qué si era un rabino tan inteligente como se creía, vivía en la indigencia?

Caso extraño la de aquel hombre, ejemplo de una colectividad que lo deja abandonado en la indigencia y ni si quiera su cuerpo reclama, después de haber sido asesinado en la puerta de su sagrado templo.

El muchacho insistió en que no tenía idea de quién y por qué lo habían matado. Todos los signos de un nerviosismo irrefrenable parecían brotar de su rostro. El joven Mordejai tartamudeaba, evadía la mirada, le costaba hablar claro o pensaba demasiado en lo que respondía, perdiéndose en frases sin sentido o contradictorias.

—Mordejai —le interrumpió el inspector—, creo que tú sabes algo o sospechas de algo que no me has contado.

El joven, sorprendido por la acusación del inspector, se tomó la oreja izquierda, como si aquellos gestos que solemos hacer en la búsqueda ilusoria de algo que nos sirva de sostén en un momento de temor, pudiera acudir en nuestra ayuda. Mordejai no quería escuchar.

—Sabes bien —continuó el inspector— que uno de los diez mandamientos es “no levantarás falso testimonios”. Frase lapidaria. El muchacho quedó perturbado, le costaba hilar los movimientos de sus manos, que ya casi no controlaba.

—Lo mataron porque sabía demasiado —disparó Mordejai.

La frase desbordó el sorbo de té que estaba tomando el inspector.

—¿Qué es lo que sabes?

—Los secretos de la Torah —dijo el muchacho tímidamente.

Se había esforzado durante el interrogatorio por no hablar del tema y ahora se veía, enredado en la estrategia del inspector, como obligado a dar explicaciones que, pensaba, tal vez no comprendería. Pero El-Kahal le dio a entender que sabía de qué se trataba la Torah y le respondió que ese no puede ser un motivo para matar a un judío, cuando es prácticamente una obligación de todo judío conocerla.

Las gotas de sudor se presentaban en la frente como condensaciones de incertidumbre e impotencia. El comprendía lo que otros no. Tenía las manos cruzadas sobre la mesa del escritorio y las apretaba con fuerza. Fue fácil para el inspector notar que el muchacho temblaba de miedo.

El-Kahal no podía entenderlo, matar a un judío por conocer la Torah, sino no era un acto de persecución religiosa era una contradicción en los términos. ¿Acaso el mendigo sabía algo que comprometía a alguien? Y en ese caso, ¿a quién? Si se trata de hechos pasados hace miles de años. ¿Cómo podría afectar los intereses de un contemporáneo? Se dejó llevar por las palabras del muchacho. Un asesinato por motivos religiosos. Entonces la amenaza tal vez venga del la-